

Voz autorizada es esta. Procede de un ministro protestante que proclama no querer ya protestantismo ni catolicismo, porque cree que las formas revestidas por el cristianismo hasta ahora no convienen á la sociedad moderna. No es Channing el único que así piensa. Uno de los espíritus más distinguidos de nuestro tiempo, Scherer, ha desertado de las filas de la Iglesia oficial para ir á predicar la religion en el mundo del libre pensamiento. Él también dice que están contados los días del protestantismo, como institucion se entiende, pues como principio, dice, el protestantismo es inmortal (1). Este principio no es otra cosa que el cristianismo del porvenir, una revolucion entera. La religion tradicional implica la incompetencia absoluta del hombre en materia religiosa. Mirase á la religion como la ciencia de Dios, y se supone que Dios mismo ha revelado milagrosamente á los hombres conocimientos á que jamas hubiéramos podido elevarnos por nosotros mismos, á causa de la obcecacion espiritual en que quedó el género humano despues de la caída. Pero cosa singular y hasta contradictoria, estos conocimientos, aunque revelados por Dios para elevarnos á Él, quedan inaccesibles á nuestra inteligencia, y constituyen otros tantos misterios en que la razon no puede penetrar: tales son la Trinidad, la naturaleza á la vez divina y humana de Cristo, la expiacion, la justificacion, y luego esos caminos misteriosos de salud que se llaman sacramentos. Este concepto de la religion ha sido reemplazado por otro completamente diverso. Creemos hoy que la religion ménos es conocimiento que sentimiento. Creemos ademas que, estando hecha para el hombre la religion y sus enseñanzas, deben serle accesibles; no es verdadera, á nuestro juicio, sino en tanto que puede ser comprendida; no es religion sino en cuanto responde á nuestra naturaleza religiosa. En este nuevo orden de ideas, la religion se hace más y más subjetiva, más interior cada vez. Tal es el carácter del protestantismo, segun se ha desarrollado en los tiempos modernos en el seno de la escuela liberal.

Otro cambio no ménos radical se prepara, se ha realizado ya, mejor dicho. La religion tradicional pretende ser la definitiva, en cuanto se estima poseedora de la verdad absoluta. Esta creencia se va juntamente con la de la revelacion milagrosa.

(1) SCHERER, *Mélanges de critique religieuse*, p. 135.

Nos es difícil comprender que los hombres hayan podido jamas hacerse ilusiones hasta el punto de creer que ellos, seres imperfectos, pueden poseer la verdad toda entera. No creemos ya nosotros que la Iglesia, en cuyo seno nos hizo nacer el azar ó la Providencia, tenga el monopolio de la verdad, y que fuera de ella no haya salud; creemos que en todas las Iglesias hay una parte de verdad, pero también otra de error. En esta nueva creencia no tiene sentido el hablar de una religion ni de una Iglesia que posea la verdad ella sola. No hay verdad sin mezcla de error, ni error sin parte de verdad. La verdad absoluta no existe más que en Dios: es la aspiracion ideal que perseguimos, pero que no realizaremos jamas. Lo cual hace cambiar completamente nuestra manera de ver y sentir: en la religion tradicional, el creyente recibe la verdad hecha del todo de manos de la Iglesia, y aún por mediacion de ésta se procura la salvacion. En la religion del porvenir, el hombre busca la verdad, y buscándola y viviéndola es como llena su mision y se salva á sí propio (1).

Los hombres del pasado se lamentan á la vista de esta revolucion; dicen que acabó la fe y se va la religion. Cierto que hay una religion moribunda, muerta ya á pesar de todos los esfuerzos hechos para conservarle un resto de vida. Pero ¿significa esto que cuando una forma religiosa sustituye á otra perece la religion misma? La historia nos ofrece más de una de estas revoluciones; cada cambio que se ha producido en la esfera religiosa ha traído un progreso. La religion se ha hecho más pura, más íntima, cuando vino el cristianismo; mucho más al advenimiento de la reforma; y cuanto más penetra en los pliegues y repliegues del alma, será más bienhechora. Al presente, digan lo que quieran los ortodoxos de Roma y de Berlin, los hombres son más religiosos, porque son más morales. Su religion y su moralidad sólo pueden ganar en la revolucion que se prepara, y que sustituirá á una religion de misterios y sacramentos una religion interior y moral.

## VI.

Hemos oído á protestantes y libres pensadores sobre el porvenir religioso de la humanidad. Oiga-

(1) SCHERER, *Mélanges de critique religieuse*, p. 8-12.

mos aún á un católico que desertó, ciertamente, de la Iglesia, pero siguiendo imbuido siempre de las tendencias del catolicismo. Lamennais parte de un orden de ideas completamente distinto del de las de Strauss, Renan, Réville y Scherer; sin embargo, y es cosa rara, llega á las mismas conclusiones. Cuando Lamennais escribió los *Negocios de Roma*, acababa de recorrer una gran parte del mundo católico, Francia, la Alemania meridional y la Italia, y por doquiera habia visto decadencia, si no decrepitud. Por doquiera parecían divorciarse los pueblos del cristianismo. "El sacerdote, dice, en muchas poblaciones, se queda solo en el templo desierto; donde puede poco, pasa á través de la turba bajo la salvaguardia de la indiferencia ó del desprecio de ésta; allí donde es fuerte, ó á lo ménos se le tiene por tal, excita el odio, porque se teme su dominacion. ¿Será, pues, que el cristianismo ha cumplido sus destinos, que ha dejado de estar en armonia con las necesidades de la naturaleza y de responder á sus simpatias? No lo creais; lo que se rechaza no es el cristianismo verdadero, es no sé qué sistema estéril y material que ha tomado su nombre y lo deshonorá; lo que muere no es el árbol divino, sino la corteza seca ya que lo cubre," (1).

La religion es imperecedera. Lamennais, testigo de la reaccion religiosa, la describe con su hermoso lenguaje, embelleciéndola; pero hay verdad en la poesia: "Observad los espíritus, dice: tras una época de duda, se sienten mal en el vacío. Necesita el hombre algo más que la simple ciencia circunscrita dentro de límites que tan pronto se tocan. Una aspiracion eterna hácia lo infinito, es decir, hácia la causa incomprendible para siempre de todo lo que existe, constituye el instinto religioso imperecedero en el hombre. Este instinto, despertado en nuestros días del fondo de las almas, donde se habia como dormido pasajeramente, las inquieta, las atormenta; sienten en lo que tienen de más íntimo y elevado uno de esos memorables dolores que acometen á los seres cuando se quebranta una de las primordiales leyes de su naturaleza. De aquí esas tentativas no ménos estériles que ardientes, esos esfuerzos inauditos para crear una religion nueva." Lamennais dice que han fracasado y que debían fracasar, porque

(1) LAMENNAIS, *les Affaires de Rome* (*Œuvres complètes*, tomo VIII, p. 301).

el cristianismo es tan imperecedero como la religion: "Á pesar de las apariencias contrarias, no ha dejado de dominar los pueblos; tan imposible les es separarse de él como de sí mismos. El cristianismo encierra, y sólo él, lo que satisfará los deseos que aquejan á los espíritus; en él está el principio real de su futuro desarrollo; expresion perfecta de las leyes de la humanidad en su esencia, la humanidad no lo agotará jamas."

Lamennais está convencido de que el mundo volverá al cristianismo; pero ¿qué cristianismo es éste? "Si los hombres, dice, cediendo al deseo imperioso de reanudar, por decirlo así, su alianza con Dios, de llenar el vacío inmenso que la religion, al retirarse, ha dejado en ellos, vuelven á hacerse cristianos, no se imaginé que el cristianismo que abrazarán pueda ser nunca el que se les presenta bajo el nombre de catolicismo." Cuando Lamennais escribía estas palabras, acababa Gregorio XVI de lanzar su Encíclica: "La experiencia fué decisiva; vióse interpretado el Evangelio de un modo por los pueblos y de otro modo por Roma, de una parte el pontificado, la raza humana de la otra: con esto se ha dicho todo." ¿Será que disgustada del catolicismo la humanidad se echará en brazos de la Reforma? Lamennais conservó siempre las preocupaciones católicas en lo tocante al protestantismo; responde á nuestra pregunta con un desprecio apenas disimulado: "No será tampoco nada que se parezca al protestantismo, sistema bastardo, inconsecuente, estrecho, que bajo engañosas apariencias de libertad se resuelve para las naciones en el despotismo brutal de la fuerza y para los individuos en el egoismo." ¿Qué será, pues, el cristianismo nuevo? Dice Lamennais que nadie sabría prever cómo se realizará esta trasformacion, ó, segun se querrá llamarlo, este movimiento nuevo del cristianismo en el seno de la humanidad; pero afirma que se realizará arrastrando consigo grandes masas de hombres. No es que espere una revolucion repentina, que sería sólo una perturbacion pasajera. Insensiblemente será; como la humilde planta, se irá haciendo un árbol, cuyas ramas cubrirán la tierra, y bajo cuya follaje vendrán á guarecerse las aves del cielo. Hé aquí, dice Lamennais, lo que anunciamos, sin vacilar, con profunda conviccion (1).

(1) LAMENNAIS, *les Affaires de Rome*, p. 301-303.

Lamennais no explica cómo se hará la transformación del cristianismo tradicional; el porvenir es el secreto de Dios. Pero ya se vislumbra la aurora que anuncia una era nueva. Cada uno la interpreta á su modo. Los protestantes, imbuidos del sentido individualista, piensan que la religion cristiana se hará más y más individual; es este un exceso que es preciso corregir con la tendencia católica á la unidad. El cristianismo por que hace votos Lamennais tendrá un carácter político. Es éste, evidentemente, uno de los rasgos de la sociedad moderna. El ilustre escritor ve en él la acción del principio que, despues de haber presidido durante una dilatada época sólo á la vida individual, aspira á producirse ahora bajo una forma más general y perfecta, encarnando, por decirlo así, en las instituciones sociales. Esta será la segunda fase de su desarrollo, de la cual no vemos aún sino los primeros indicios. Un instinto irresistible empuja á los pueblos por este camino. Unos pocos se habían apoderado de la tierra, habían tomado posesion de ella, arrebatando á los demas hasta la más pequeña porcion de la herencia comun; ellos, los pueblos, quieren hoy que los hombres vivan como hermanos, segun el mandamiento divino. Combaten por la justicia y la caridad, por la doctrina que Jesucristo vino á anunciar al mundo y que salvará á éste contra sus mismas potencias (1).

En un punto esencial está de acuerdo Lamennais con los protestantes avanzados, pues, aunque sostiene la necesidad del dogma, no quiere más cristianismo dogmático. El mundo está cansado ya de las disputas originadas por el dogma. ¿Para qué sirven, en efecto, las más de las veces? «Para sembrar la discordia entre hermanos, excitar odios feroces y disfrazar vergonzosas pasiones, envidia, avaricia, ambicion. El genio de la disputa, padre de las persecuciones y de cuantos crímenes engendran éstas, es el demonio malo de la humanidad. Un largo rastro de sangre marca su paso á través de los siglos. Los caminos de Dios, en el seno de sus obras, se reconocen por señales totalmente opuestas.» ¿Cuáles son estos caminos? Sobre este punto aún Lamennais piensa como los protestantes liberales: quiere que se predique á los hombres la ley eterna que se resume en el amor. «Serán cristianos cuando sepan amar, dichosos y li-

(1) LAMENNAIS, *les Affaires de Rome* (t. VIII, p. 300).

bres cuando sean cristianos. Jesucristo les señaló hace 1800 años el fin á que tienden sin cesar desde entónces. Guiadles hácia este fin, ayudadles á alcanzarlo, y os reconocerán como ministros de Aquel que, teniendo piedad del pobre y del débil, vino á restablecer acá abajo el reino de Dios, restableciendo la fraternidad entre sus hijos, investidos de unos mismos derechos, sujetos á deberes iguales,, (1).

Es ir muy léjos decir que Jesucristo quiso restablecer acá abajo el reino de la fraternidad, Él, que declaró tan abiertamente que su reino no era de este mundo. Pero si se puede afirmar que el espíritu cristiano está llamado á renovar tanto las instituciones sociales como los individuos; mejor dicho, por lo mismo que regenera á éstos, ha de influir sobre la sociedad. Los protestantes mismos declaran que la religion del porvenir será una religion laica, civil, social, política. Este cristianismo vendrá á ser una evolucion de la doctrina evangélica. Segun Lamennais, el objeto esencial del cristianismo es reconstituir al género humano en la unidad, que es el órden perfecto, la plenitud de los bienes de la vida. ¿Cuál es la base de este gran edificio que los siglos deben ir levantando sucesivamente? La igualdad de los hombres entre sí, predicada por Cristo. ¿Qué union, en efecto, pudiera concebirse entre ellos, si fuesen desiguales en origen y naturaleza? De la igualdad brota la libertad ó independencia recíproca, es decir, que nadie posee el derecho nativo ó intrínseco de mandar á ningun otro, pues supondría este derecho una superioridad de naturaleza.

La igualdad y la libertad no bastan, aunque implican, es cierto, deberes mutuos cumplidos voluntariamente, pues de otro modo, cada cual no tendría más regla que su interes, su pasion, y del conflicto de tantas pasiones é intereses opuestos surgirían inmediatamente con la guerra la servidumbre y la tiranía. Volvamos, pues, al Evangelio. «La obediencia libre al deber es una obediencia de amor; de suerte que la libertad crece ó declina segun que el amor se eleva ó debilita. En este sentido el cristianismo, aunque parece quedar extraño á la libertad, es su fundamento verdadero. Inculca por cima de todo el precepto del amor en que se resume por completo. Destruir sobre la tier-

(1) LAMENNAIS, *les Affaires de Rome* (t. VIII, p. 179).

ra el reino de la fuerza, reemplazarlo con el de la justicia y la caridad, realizar así entre los miembros de la gran familia humana, individuos y pueblos, la unidad en que, viviendo cada uno de la vida de todos, participe del bienestar mismo bajo las condiciones más favorables: tal es la tendencia del Evangelio en manifiesta oposicion á las máximas que rigieron el mundo en lo pasado y que lo rigen hoy aún,, (1). Hé aquí la nueva era que aguarda el mundo. Jamas hubo presentimiento más vivo, conviccion más universal; sólo que los unos se asustan y los otros esperan, segun que, vueltos hácia el porvenir ó hácia el pasado, ven la vida ó ven la muerte. Pero todos creen en un cambio profundo, en una revolucion total próxima á realizarse en el mundo; es, pues, indefectible (2).

N.º 2.—¿Basta el regreso al cristianismo de Jesucristo?

I.

Tal es nuestra conviccion tambien; pero tenemos que hacer muchas reservas en nombre del libre pensamiento. Despues de rebajar á Jesucristo como Dios, se le eleva demasiado alto como hombre, tanto que deja ya de serlo. Ya mencionamos ántes algunas exageraciones del entusiasmo protestante; vengamos ahora á las de M. Renan, que parece haber puesto empeño en excederle. Al leer en la obra de un libre pensador que Jesus es *Hijo de Dios*, que es *semi-Dios*, un *hombre de dotes colosales*, tal, por consiguiente, como jamas ha habido, que en *Él se ha condensado todo lo bueno y excelso de nuestra naturaleza*, que *Jesus no será superado*, tentacion da de exclamar con un escritor católico: «En la obra de M. Renan, Jesucristo, si no es Dios, es Hijo de Dios al ménos; *no sé bien, á la verdad, por qué ni cómo*,» (3). Debiera huirse de expresiones como estas de doble sentido: si el mundo ha adorado largo tiempo á Jesus como *Hijo de Dios*, identificándole con éste, nosotros no creemos ya en el Hijo de Dios coeterno con el Padre; seamos, pues, consecuentes y no hablemos como si creyéramos en él. Hay más: si Jesus es un hom-

bre, es, por lo mismo, falible é imperfecto como toda criatura, en su vida lo propio que en su doctrina; no se trata, pues, de una santidad perfecta, ni ménos de una religion perfecta. ¡Contradiccion singular del espíritu humano! ¡No se quiere oír hablar ya más de la verdad *absoluta* comunicada á los hombres por una revelacion divina, y se acepta, en cambio, una religion *absoluta* revelada por un hombre! En el mundo humano nada hay absoluto, definido. Lo absoluto está ante nosotros como un ideal á que debemos tender sinceramente, pero convencidos de antemano de que jamas llegaremos á tocarlo; ¿tendríamos la pretension de convertirnos en dioses al anegarnos en el Sér universal?

Dice M. Renan, es cierto, que Dios se había revelado ántes del advenimiento de Jesucristo y que se revelará todavia despues de éste (1). Pero esto es decir que no hay religion definitiva; ¿á qué, pues, repetir en todos los tonos que el cristianismo es la religion absoluta? Tratándose del cristianismo de Jesucristo, debiéramos extremar las reservas por la grave razon de que no lo conocemos. Podemos, sí, decir lo que fué la religion cristiana en las diversas épocas de su desenvolvimiento; pero ¿qué es la religion de Jesucristo? En ciertos respectos un mito que, segun dicen algunos, no se ha realizado jamas; más aún: que ni ha sido comprendido siquiera por los primeros discípulos, ni por San Pablo, ni por los doce. ¿Quién, pues, nos hará conocer el verdadero pensamiento de Jesus? ¿Los Evangelios? No se sabe ni por quién ni cuándo fueron escritos. Sábese que median los años de un hombre, cuando ménos, entre la muerte de Cristo y los relatos que nos quedan con el nombre de Evangelios; son, pues, tradiciones más ó ménos inciertas. Pero la tradicion puede embellecer como puede desfigurar; ¡cuántas palabras sublimes ha inventado la posteridad que nunca fueron pronunciadas! (2). Si no inventó tambien los discursos de Jesus, ¿quién nos dice que no los haya alterado? M. Renan indica que entre las anécdotas, discursos y palabras célebres referidas por los historiadores no hay una sola rigurosamente auténtica. ¿Son los Evangelios excepcion de la regla? La res-

(1) RENAN, *Vie de Jésus*, Introduction, p. LIX.

(2) La frase atribuida á Galileo: «*E pur si muove*,» la de Cambronne en Waterloo: «*La garde meurt, mais elle ne se rend pas*» («*Y, sin embargo, se mueve*,» — «*La guardia muere, no se rinde*»).

(1) LAMENNAIS, *les Affaires de Rome* (t. VIII, p. 180-181).

(2) LAMENNAIS, *les Affaires de Rome* (t. VIII, p. 194).

(3) M. DE SACY (*Revue des Deux Mondes*, 1863, t. IV, p. 500).

puesta de M. Renan es que ninguno de los discursos relatados por San Mateo es textual; añade aún que apenas lo son nuestras actas mismas estenografiadas, y tiene razón (1). ¿Qué es, entonces, el cristianismo de Jesucristo?

Dícese que Jesús fundó la religión definitiva, y ni siquiera sabemos si quería fundar una religión. Ateniéndose á las palabras que los Evangelistas ponen en sus labios, hay que creer que Jesucristo no pensaba en inaugurar una era nueva. Anuncia repetidas veces el fin del mundo, lo anuncia como inminente: la generación que le escucha, dice, verá la consumación de los siglos. De un hombre que predice que va acabar el mundo dentro de veinte ó treinta años, ¿puede decirse que predica una religión nueva? Sabemos que todos sus discípulos, todos sin excepción, San Pablo como San Pedro, San Juan como Santiago, esperaban de un día á otro la reaparición del Mesías sobre las nubes y el fin del mundo; algunos contaban con un reino de mil años sobre esta tierra. En presencia de este hecho incontestable, ¿no es absurdo y hasta ridículo hablar de que Jesucristo vino á fundar una religión definitiva? Hay que decir de Él lo que decimos de todos los hombres: áun los más grandes no tienen conciencia de la magnitud de su obra. Instrumentos en las manos de Dios, toman parte en designios que no conocen, hacen lo que no tienen intención de hacer y no hacen lo que querían. Si Jesús no se hubiese creído el Mesías, ¿habría predicado el *Evangelio del reino*? Sin embargo, el mesianismo no era más que un sueño de la raza judía; ¡á un error, pues, á una preocupación, debemos el que nos haya sido predicada la *buena nueva*!

Hémos ya léjos, muy léjos de la religión *absoluta y definitiva*, si por ella se entiende una religión que Jesús se propuso establecer. Hay verdad, con todo, en la concepción de los protestantes avanzados y de los libres pensadores que celebran el cristianismo de Jesucristo como la esencia de la religión; sólo que importa no atribuir á Cristo el honor, sino á Dios mismo. En manos de la Providencia, en efecto, hasta los errores de los hombres sirven al progreso de la humanidad. Por creerse el Mesías, tiene Jesús la audacia, Él, el carpintero de Nazareth, de llamar á los hombres á convertirse para obtener puesto en el reino de Dios. De una

(1) RENAN, *Vie de Jésus*, Introduction, p. XLVII, XLVIII.

conversión predicada en vista de un acontecimiento quimérico hace la Providencia el principio de una religión poderosa. Suscita luego para que difunda la semilla del Evangelio al apóstol de los gentiles, que tampoco habría arrostrado la persecución, la indiferencia y la burla si no hubiese creído en el fin del mundo. Siempre un error, pero que trae la conversión del mundo pagano. ¿Quiere decir esto que no haya más que error en el cristianismo de Jesucristo? Los errores pueden favorecer el establecimiento de una religión nueva, pero no se funda ésta sobre errores. Hay en la predicación evangélica verdades esenciales que, desde el punto de vista de nuestras ideas, son verdades absolutas. Mas para considerarlas como tales, debemos hacer abstracción de las preocupaciones con que están mezcladas, así como la posteridad necesitará descartar nuestras preocupaciones actuales para admitir como definitiva la concepción que hoy nos hacemos del cristianismo de Jesucristo. Se dirá que es rebajar el papel de Cristo. Sin duda; pero si es necesario para engrandecerlo crear un Jesús imaginario, ¿de qué servirá esta nueva apoteosis? ¿Se cree por ventura que la humanidad, después de haber desertado de los altares del Hombre-Dios, los elevará nuevos á un sér ficticio? Reconocemos á Jesucristo y á su obra toda la grandeza que cabe en la naturaleza humana, teniendo en cuenta la época en que vivió y la raza á que debía su origen. Ir más allá es traspasar la realidad para moverse en lo imaginario. Cristo quedará grande entre los grandes, porque mereció ser elegido por Dios para ser órgano de una revelación que inauguró una nueva era en la humanidad; lo demás es obra de Dios mismo.

## II.

No conocemos la doctrina de Jesucristo sino por los Evangelios. Abrámoslos por doquiera, y en cada página hallaremos escenas de exorcismos y milagros imposibles. ¿Es esto una señal de perfección divina? Varias veces hemos hecho ya alusión á los demonios lanzados á un rebaño de puercos. No será inútil referir esta escena, pues mientras se habla de los milagros de Jesús sólo en términos generales dan un cierto prestigio al que los ha realizado; por el contrario, vistos de cerca, asombra la increíble ignorancia y la barbarie grosera en

que se hallaba sumida la sociedad en cuyo seno vivió Cristo: "Y salido él del barco, luego le salió al encuentro de los sepulcros un hombre con un espíritu inmundo. Que tenía domicilio en los sepulcros, y ni áun con cadenas le podía alguien atar. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas; mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él y los grillos desmenuzados, y nadie le podía domar. Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los monumentos y en los sepulcros é hiriéndose con las piedras. Y como vió á Jesús de léjos, corrió y le adoró. Y clamando á gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo. Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legion me llamo, porque somos muchos. Y le rogaba mucho que no le enviase fuera de aquella provincia. Y estaba allí cerca del monte una gran manada de puercos paciendo. Y le rogaron todos aquellos demonios, diciendo: Envíanos á los puercos para que entremos en ellos. Y luego Jesús se lo permitió; y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los puercos, y la manada cayó por un despeñadero en la mar, los cuales eran como dos mil, y en la mar se ahogaron."

Si leyésemos esta escena en otro libro que en los Evangelios, lo arrojaríamos con asco. Está hecha para curar á los hombres de la ilusión de lo divino. Como dice un libre pensador, rasgos cual este abundan mucho; atestiguan que los hombres más grandes tienen los piés tan abajo como los demás, aunque tengan la cabeza más alta (1). Se dirá que la historia de los demonios y del rebaño de puercos "es una de esas anécdotas singulares que se contaban unos á otros de las curas maravillosas hechas por Jesús, y en que la credulidad del tiempo se explayaba á sus anchas." Sea, pero falta saber si Jesús no compartía la credulidad universal. Monsieur Renan mismo, que da esta especie de excusa, cree que sí. Ateniéndonos á los Evangelios, Cristo participaba de los designios de Dios y de su poder. Léese en aquéllos que el Padre ha dado todo su poder á su Hijo y que la naturaleza obedece á éste. Cosa notable: Jesús cree que la na-

(1) FLAVET, *l'Évangile et l'Histoire (Revue des Deux Mondes)*, 1863, t. IV, p. 592.

turaleza obedece á cualquiera que tiene fe, la cual, según Él, remueve los montes. No tenía la noción de lo imposible, ni sospecha de las leyes que rigen el mundo. Verdad es que no podemos discernir lo dicho por Cristo de lo que hay que cargar en cuenta al entusiasmo de sus oyentes; pero no es ménos cierto que de los relatos evangélicos resulta que Jesús se creía un sér sobrenatural, sobrehumano, en una relación con Dios superior á la del resto de los hombres. En vano se dice que estas palabras de sobrenatural y sobrehumano no tenían sentido para la conciencia religiosa de Jesús; prueba esto mismo su ignorancia profunda, pues no había para Él nada sobrenatural, porque tampoco había naturaleza (1). ¿Es signo este de perfección divina? Responder con M. Renan que nuestra teología es "mezquina," "nuestra naturaleza una realidad enteca," y "nuestras facultades mediocres," es pagarse de palabras, y el espíritu humano no dejó la hueca fraseología de la teología católica para satisfacerse con otra más hueca aún.

Muchas veces en el curso de estos *Estudios* hemos echado en cara al cristianismo su espiritualismo excesivo. Llámase á éste un ideal; pero lo desordenado no es un ideal, es un extravío del espíritu. Los mismos que trasforman á Jesús en Hijo de Dios y califican la *buena nueva* de religión absoluta hacen sobre este punto declaraciones que importa recoger. En sus accesos de rigor, dice monsieur Renan, Jesús llegaba hasta suprimir la carne; sus exigencias no tenían término, despreciaba los sanos límites de la naturaleza del hombre. De aquí ese sentimiento áspero y triste de repugnancia hácia el mundo que caracteriza la perfección cristiana. Y no se crea que esta "abnegación extremada," se limitara sólo á los placeres mundanos. No, Jesús reprobaba hasta las necesidades más legítimas, más indestructibles de nuestra alma. ¿Qué hay más sagrado que los lazos de familia? Preguntémos á Jesús lo que piensa sobre ellos. Hé aquí la respuesta de los Evangelios: "Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos, á sus parientes y á su propia vida, no puede ser mi discípulo." "Si alguno no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo."

Para disculpar estas excentricidades, Mr. Re-

(1) RENAN, *Vie de Jésus*, p. 245, 246.